

HOMENAJE AL ACADÉMICO JULIO VICENTE URIBURU



DANIEL ALLEMAND

Ésta es una sesión científica especial y la idea es homenajear a uno de los fundadores de la Sociedad Argentina de Mastología. En realidad es una fiesta porque vamos a nombrarlo a Uriburu festejando la fecha de su nacimiento, que fue el 17 de noviembre de 1911. Quiero decir dos o tres cosas. Aunque no he sido discípulo directo del Profesor Uriburu, todos los que hacemos la especialidad nos sentimos en parte discípulos de Uriburu, así que mi homenaje también a él y creo que si debemos agradecerle algo al Dr. Uriburu es haber permitido que exista esta Sociedad. Es uno de los fundadores, uno de los pioneros y el año que viene la Sociedad va a cumplir 45 años y yo creo que su obra persiste,

así que creo que este homenaje se lo debemos. Entonces planteamos hacer esta reunión con una serie de relatores que han tenido mucha vinculación y sé que son sus discípulos, y no solamente sus discípulos, sino uno de sus hijos, que es Juan Luis; así que creo va a ser muy bien homenajeados. Entonces, vamos a pedir al Dr. Edgardo Bernardello que comience con su semblanza del Dr. Uriburu y después seguiremos con los distintos oradores.

EDGARDO BERNARDELLO

La idea ha sido que cada uno de nosotros tome un aspecto de la vida del maestro Uriburu, y yo he pedido hablar del maestro. Voy a hablar del maestro. Escribí, preparé todo, lo tengo en el bolsillo, pero si leo le quito un poco de espontaneidad, va a ser demasiado solemne. Me voy a olvidar algunas cosas que tengo escritas, pero no importa, se me van a ocurrir otras, que por ahí homogeneizan la balanza.

Cuando van pasando los años uno va perdiendo proyectos, y estos proyectos empiezan a darle lugar a los recuerdos. Recuerdos de mil tipos; algunos duran un parpadeo, otros recuerdos tardan un poco más. Cuando uno quiere recordar a los maestros que ha tenido en su vida, porque el padre también es un maestro, en líneas generales, a veces esos maestros pasan más o menos rápido. Pero cuando surge la figura del maestro Uriburu, no. Ahí parece que a uno le pusieron las gotas en los ojos y no puede parpadear, porque su figura es tan simbólica para nosotros, que no tenemos más remedio que pensar más de un momento.

¿Cómo homenajear al maestro? Intenté ir a la web y fijarme qué debe tener un maestro, cuáles son los atributos de un maestro. Encontré



Foto 2

varios, pero me parece que faltaban. Entonces, hice como si fuera un gráfico mental, Uriburu, y sacar flechas y poner tal cosa, tal otra. También me pareció que no, que me tienen que faltar, que no pueden ser tan pocos. He tomado cuatro o cinco que quiero expresar acá delante de todos ustedes. Qué tiene que tener un maestro, y qué tenía este maestro, sencillez y humildad, es el primero de todos. Su educación, la forma que lo manejaron de chiquito y la forma en que se fue criando, lo hicieron sencillo y lo hicieron humilde. Él podía ser el centro de una reunión, ser la figura de la reunión, para nosotros que mirábamos, para él no. Él era uno más de la reunión.

A esa sencillez y esa humildad que ha tenido habría que sumarle una moral intachable, lo hemos visto todos trabajar con pacientes, lo hemos visto todos manejar situaciones en distintos niveles, en la tribuna, tal vez en un picnic, en una reunión de café; desde el punto de vista solemne religioso, su moral ha sido intachable a través de todos estos años.

Qué otro atributo. Uno de los más mara-

villosos que ha tenido ha sido la lectura, es un hombre que ha leído toda su vida, y un maestro tiene que leer toda su vida. Pero no sólo tiene que leer ciencia, no alcanza con la ciencia, si no lee otra cosa no se forma. Y un maestro tiene que estar formado, tiene que estar informado, si no, no nos puede traspasar a nosotros todo lo que él piensa. Esa lectura es la que lo ha hecho grande, es lo que le ha permitido escribir no sólo desde el punto de vista científico, sino sobre temas generales y cómo. Y esa lectura que le permitió a él formarse así, necesitaba transmitirla.

¿Cómo transmite un maestro? El maestro transmite con la pluma y con la palabra. Y él lo ha hecho. Ustedes, todos, saben su capacidad de síntesis, lo bien que armaba un cuadro sinóptico, cómo armaba cualquier figura que a él le llevaba horas de aprender, de diseñarla, y nosotros después en unos diez minutos que duraba esa imagen parecía que aprendíamos. Todos nosotros, jóvenes, cuando escuchábamos una de sus clases, salíamos y decíamos: "aprendimos este tema". No sé si sería cierto que aprendimos este tema, pero lo presentaba de tal forma que



Foto 3

realmente uno creía que lo aprendía. O sea, que él leía para sí, estudiaba para sí, pero no sólo para sí, él no operaba con una mano tapando con la otra, él aprendía para enseñarnos. Todo lo que aprendía anoche, lo traía en un papel, lo sacaba frente a nosotros, y nos decía: "he leído tal cosa"; es decir, el hombre estudiaba para dar, porque al dar nosotros le estábamos devolviendo vida, porque lo que él quería hacer se daba cuenta que lo hacía. Y nosotros, al recibirlo realmente sentíamos que él era algo más que un jefe, porque no todos los jefes se comportan de la misma manera.

Otro atributo grande del maestro ha sido el amor. El hombre ha tenido un amor al prójimo intocable, para él no podía haber odios, un maestro no puede tener odios. Sin embargo, la historia ha tenido científicos, y les arranco uno de la época de los gladiadores, que fue figura científica diez siglos, pero no fue maestro, nadie lo recuerda en la historia como maestro, porque además de ser un dictador médico, que así sí lo recuerdan, no ha tenido discípulos. Y no existe

un maestro sin discípulos. Él no, él ha tenido la suerte de poder tener discípulos.

La lectura, la escritura, la didáctica frente a una plectra, el amor al prójimo, la familia. No existe un maestro sin familia, una persona sola no puede ser familia, porque el maestro tiene que conocer las vivencias de su familia para saber cuáles son nuestras vivencias. Y la familia de nuestro maestro ha sido sublime. Él nos recibió teóricamente como hijos, el beso de él podía ser el beso a un hijo, pero el beso de sus hijos yo lo sentí y todos ustedes lo sintieron como beso de hermanos. Y eso se logra cuando se forma una familia aglutinada. Él llevó a sus médicos, no digo a sus discípulos, a sus médicos, a integrarse a la familia. El puso su casa para actos conmemorando o despidiendo a un discípulo. Eso lo hace solamente un maestro. Tendría muchos más atributos, me los olvido, hay que dejarle lugar a otros.

Sin embargo, tengo dos cosas para el cierre. La primera, es cómo recuerda uno el maestro en su final. Nosotros lo vemos al maestro apoltro-



Foto 4

nado en un extremo de su última habitación, ya de 95 años para arriba, pero sentado con una mesita y con papeles. Con papeles que tiene para corregir y con papeles que tiene para escribir, y lo vemos con su pluma en la mano. Él siempre usó su pluma. Esa pluma estoy totalmente convencido, y perdónenme lo personal, que le manejó la mano durante toda la vida, no el pensamiento. Le manejó la mano porque es inconcebible que el hombre mantuviera su caligrafía inconfundible hasta tan avanzada edad. Esa pluma tuvo la honra de ser una simbiosis magnífica, esa pluma fue la metamorfosis del bisturí de la sala de operaciones, y además de la tiza del aula, porque él se formó y prácticamente terminó con la tiza. Esa pluma lo tuvo que abandonar un día, pero esa pluma pasó a nosotros. Pero

claro, la pluma se dio cuenta que la mano era hosca, no era lo mismo. Entonces, la pluma volvió y quiso vivir de sus recuerdos. Un maestro no estudia para ser maestro, no se forma para ser maestro. La vida lo hace maestro. A él la vida lo hizo maestro.

Hace dos siglos, y esta es la última, nació en San Juan un chiquilín que a los quince años, en San Luis, con el tío, formó una escuela en un pequeño rancho. El rancho está todavía, es de paja y adobe, está cubierto por paneles transparentes. Uno se para frente a ese pequeño rancho que queda allá arriba del pueblo, no en el medio del pueblo, y entonces ahí al mirarlo, alcanza a ver la magnitud de un hombre que hace casi dos siglos hiciera eso siendo un chiquilín adolescente.

La patria lo premió con un himno, y todos nosotros hemos cantado ese himno muchas veces, y a mí me queda un trozo de una estrofa que dice: "padre del aula". Estoy totalmente convencido, eso es cierto. Uriburu no va a tener un himno, pero nosotros tenemos que inmortalizarlo como padre de la mastología. Gracias.

LEONARDO Mc LEAN

Queridos todos, no tengo la facilidad que tiene Bernardello de hablar espontáneamente, así que yo tengo mis papeles acá para decir las palabras que he preparado. Ustedes saben que tuve el honor de ser designado para hablar recientemente en la Academia Nacional de Medicina, coincidiendo con el día de su cumpleaños, el 17 de noviembre; dirigí unas palabras y a los que estuvieron les pido disculpas, pero algunas las voy a tener que repetir. Como dijo nuestro presidente, Julio Uriburu fue uno de los grandes fundadores de la Sociedad de Mastología, fue su segundo presidente, y dentro de la mastología fue nombrado Maestro de la Mastología Argentina; después en el Simposio de Mastología de San Pablo, en Brasil, fue nombrado pionero de la mastología.



Foto 5

Bernardello se ha referido a la trayectoria académica del maestro Uriburu. Yo me he de referir a la personalidad de Julio Uriburu, que hace pocos días, como dije, lo hice en la Academia de Medicina. Quisiera referirme a la persona de Julio Uriburu a quien conocí allá por el año 1960, yo estaba en esa época como médico interno, porque no había residentes en el Hospital Británico de Buenos Aires, y a Julio Uriburu, a quien yo no conocía, se lo llamó en consulta por una paciente irlandesa octogenaria, que padecía un cuadro de oclusión intestinal en asa cerrada, a punto de perforarse. Terminada la consulta, yo le dije al doctor Uriburu que me interesaría ir a su servicio porque yo ya había terminado esa especie de residencia y quería conocer otros lugares, y sobre todo sabiendo de él, de su servicio y de la especialidad. Su contestación fue: "Mc Lean, pásame a buscar mañana a las 7 de la mañana". Así lo hice, fuimos (yo me acuerdo que tenía un jeep) y conversamos mucho, porque prácticamente para llegar al Piñero en esa época era una hora; afortunadamente lo pude hacer durante muchos años y en muchas oportunidades llevarlo. A partir de esa feliz mañana, como les digo de 1960, a raíz de la consulta con la irlandesa, permanecí muchos años a su lado. Tal es así, que el caso concreto de la oclusión de asa cerrada, sirvió de tema para mi tesis doctoral, que él me lo propuso, que fue mi padrino y que tuve muy buena nota como resultado de la

misma.

Como ustedes muy bien saben (como lo han dicho) era un excelente cirujano y docente. Permanentemente iba explicando paso a paso, las etapas de la operación. Luego de haberlo ayudado durante muchos años, yo sabía perfectamente lo que Julio iba a decir en ese momento. Tuve la oportunidad de convivir con él, en una quinta que teníamos en Del Viso, en la cual concurría con "Matesita" y con sus hijos, que eran chicos. Después tuve oportunidad también de convivir con él, de pasar fines de semana en la casa de campo en Tapalqué, y la pasábamos muy bien. Una cosa que a él le encantaba era salir en las noches cálidas y mirar el firmamento. Si uno le preguntaba (porque era tan modesto que nunca demostraba su saber) nos iba diciendo paso a paso, una por una, todas las estrellas del firmamento. Lamentablemente, ya me olvidé, salvo de tres o cuatro que las recuerdo.

Viajamos juntos en varias oportunidades al interior y al exterior del país. En un viaje que hicimos al 3^{er} Congreso Nacional de Mastología que organizó Delfín Vilanova, me acuerdo que íbamos en tren, compartíamos camarote y habitaciones con "Toto" Mosto, Jorge Amestoy y yo, los cuatro. Resulta que la primera noche a mí me tocó dormir con Julio. Había un problema, Julio roncaba muy fuerte, entonces nos empezamos a turnar para ver quién dormía al día siguiente con él; y Julio comentaba: "fíjense que los chicos se peleaban por dormir conmigo".

Concurrimos también al 9^o Congreso Internacional de Enfermedades de la Mama, presidida Hortobagyi, en Houston, Texas, y acá lo vemos con un grupo de amigos (Foto 2). Y ahí a Julio lo nombraron Presidente Honorario de ese Congreso.

También estuvimos juntos en un Congreso de Mastología en Jijón, España. Esta foto es en Jijón, España (Foto 3) y Julio rodeado por un montón de gente española que lo quería enormemente. Después, junto con Juan Luis, concurrimos ese año al Instituto de Tumori de Milán,



Foto 6

invitados por Bruno Salvadori.

Pero volvamos a su persona, volvamos a su humanidad. Julio se casó en el año 1953, en el mes de mayo, con María Teresa Nougués Herrera Vegas, "Matesita", que, lamentablemente como todos saben, en este momento, posiblemente nos esté acompañando mentalmente, pero no puede estar presente con nosotros como quisiéramos. Acá vemos a Julio y "Matesita" saliendo al son de "Pompas y circunstancias" de la Iglesia del Socorro (Foto 4).

"Matesita" era nieta de don Marcelino Herrera Vegas. Marcelino Herrera Vegas era un eximio cirujano infantil, miembro de la Academia Nacional de Medicina, a la que presidió en una oportunidad, y a quien siempre Julio guardó un profundo afecto, respeto y veneración (Foto 5).

Como dijo, Bernardello, Uriburu era un padre afectuoso y un marido ejemplar, y de su matrimonio sabemos que son siete hijos y uno solo médico, Juan Luis, con quien hemos trabajado juntos muchos años. Acá vemos una foto, creo

que es en el hospital Británico, que estamos operando con Juan, y que don Julio nos está mirando y posiblemente corrigiendo (Foto 6).

Desde la edad de siete años, o sea 1918, pasaba sus meses de verano con sus padres y su hermano Willy, en Miramar; fue su lugar de descanso preferido, adonde siguió concurriendo hasta pocos años antes de su fallecimiento. Le encantaba bañarse en el mar, yo tuve oportunidad dos años seguidos de pasar el verano con él y caminar por la playa. Acá lo vemos con "Matesita" y sus hijos: María Teresa, Marcela, Cecilia, Alejandra (allá arriba) Julito, Juan y Martín (Foto 7).

Y lo pasaban en el chalet con Uriburu, que realmente era toda una institución. Tuve oportunidad de conocerlo, de participar muchas veces en almuerzos; realmente lo pasábamos muy bien.

Fue un hombre de un hondo espíritu cristiano, que transmitió en el entorno de su hogar. Fue un hombre de talento, de espíritu selecto,



Foto 7

de distinción en el trato, de hombría de bien y de sólidos principios democráticos, en esas épocas duras, difíciles de nuestra historia nacional; un hombre de sólidos principios que no transigió nunca con algo que fuera incorrecto. Como dijo Bernardello: poseía una vasta y sólida cultura general, fruto de sus conocimientos adquiridos, por su clara inteligencia, su disciplina, su contracción al estudio, su interés por la ciencia, por la naturaleza, la historia, la música y por el arte. Al mismo tiempo, era poseedor de una gran virtud que lo caracterizaba, su gran modestia, humildad y sencillez.

Esto fue lo que le llevó a verter a Marcelino Herrera Vegas, en el prólogo de la primera edición del libro *La Mama*, que le dice: "Quizás encontrarle algún defecto al maestro Urriburu sea éste, su gran modestia que como todo exceso suele ser perjudicial, como reza un dicho berlinés que dice: 'La modestia es un adorno, pero se va más lejos sin él', pero con todo es preferi-

ble esta virtud a su contrario, el orgullo o la vanidad".

Y hay un hecho que deseo destacar, en el año 1959, don Julio Urriburu se anota en un concurso para jefe de servicio, era para uno de los tres hospitales, el Ramos Mejía, el Argerich, o el Piñero. Se presentaron Sánchez Zinny, Andrés Santos y Urriburu; los tres eran muy amigos entre sí. A su entender, el Ramos Mejía era el mejor para él. Después, seguía el Argerich y el Piñero que era un hospital que quedaba un poco lejos, extramuros, y que de todos modos al cual él accedió, porque en el Ramos, Santos hacía años que estaba, se había formado como practicante, era el jefe interino. Lo mismo sucedía en el Argerich, por lo cual no quiso desplazar a sus amigos y optó por el hospital Piñero. Después reconoció que había sido muy feliz de haber estado en él. Sobre todo, que en ese servicio (que ganó por concurso) hay un hecho significativo a resaltar, y es que fue inaugurado por su



Foto 8

primer jefe, que fue don Marcelino Herrera Vegas, como dijimos su abuelo político.

Acá tengo estas palabras que dije en la Academia: Figura egregia de la medicina argentina, Julio Uriburu fue un investigador incansable, estudioso incomparable, pero sobre todo en lo universitario se consagró con generosidad sin límites a la formación de sus discípulos. Acá vemos parte de ellos, a Falco, Bernardello, Guardo (Foto 8).

Tengo otra foto en la cual están los que faltan, está Margossian. Todos los que ven aquí presentes (Foto 9), muchos estamos ahora aquí.

La escuela médica que él dejó detrás de sí, fue la escuela cuyos miembros han sido a su vez maestros universitarios, jefes de servicio jerarquizados.

Uriburu era un hombre muy sociable, ameno, tenía muchos amigos de todas las edades, muy respetuoso con el prójimo, pero a la vez muy afectuoso en el trato. Le encantaba festejar en su casa de la calle Azcuénaga todos los acontecimientos familiares. Los preparaba con mucha ilusión y antelación, rodeado de sus hijos, nietos, algún compañero de colegio (yo le conocí algunos de estos compañeros, que todavía



Foto 9

iban a sus últimos cumpleaños) y con sus discípulos.

Festejamos con mucha alegría su último cumpleaños, el día 17 de noviembre de 2007, pero el 31 de enero de 2008, después de haber padecido varias afecciones que fueron deteriorando su organismo, sufrió un accidente cerebro-vascular del cual no logró recuperarse. El doctor Jorge Leira, con quien me veo frecuentemente en la Academia de Medicina, me comenta que lo asistió en sus últimos días, y dice: "don Julio se quedó dormido y no lograba conectarse"; sin embargo, me refirió que se movía y llevaba sus brazos, sus manos a la cara. Juan Luis me comentó en varias oportunidades: "Julio se persignaba, haciendo la señal de la cruz". Posiblemente, don Julio estaría rezando en ese

momento, a pesar de que parecía estar inconsciente, preparando su alma para entregársela al Creador.

Como dije al final, en la Academia de Medicina: "que estas palabras sean mi homenaje de admiración y de agradecimiento al científico ilustre, al hombre de bien y al amigo queridísimo". Muchas gracias.

ADOLFO MOSTO

Sabiendo que hablaban antes que yo Bernardello y Mc Lean, elegí una etapa en que conocí a Uriburu. Fue cuando Uriburu se hacía cargo del Servicio de Mama, en la sala 15 del Hospital Rawson. Es una etapa en mi relación con Julio en la que realmente creo que hay muy

pocos que pueden hablar de esa época. Así que yo todavía no estaba recibido, era idóneo de laboratorio en Patología General del hospital; entonces, me quedan siempre dos hechos que en esa época no me podía explicar.

Era la década del cincuenta en el Hospital Rawson, si hay alguien confundido, es después de Cristo, los años cincuenta. Así que se dieron estas dos circunstancias que sólo entendí años después. La primera, que yo fuera discípulo de un cirujano, en mi condición de patólogo, fue así. Y la segunda, era cómo ubicar por su forma de ser, que ustedes ya la han oído de parte de Bernardello y de Mc Lean, a Uriburu en el entorno quirúrgico de ese hospital. Yo era idóneo de laboratorio y también practicante en la guardia, así que estaba al tanto de todos los chismes que se manejaban en el hospital, y por lo tanto, sabía exactamente las personas que actuaban en la Escuela Quirúrgica para Graduados. Ahí estaba Uriburu, que para mí en esa época era inconcebible que pudiera estar. En ese hospital de agudos, Rawson, era asiento entonces de grupos quirúrgicos de elite, distribuidos en varias salas de cirugía general. Las salas eran independientes entre sí, pero la mayoría era en "finochietistas". Estaban los dos Finochietto, Enrique y Ricardo, uno en la sala 20, y el otro en la sala 6. Los cirujanos competían por sobresalir como escuela quirúrgica, tanto como grupo, en las distintas salas o personalmente.

La palabra competir no es exagerada, y generaba características grupales; es decir, cada grupo trataba de sobresalir, de diferenciarse y también en individualidades que eran realmente de difícil trato; no sé por qué, pero eran así. Yo veía a Julio por fuera de ese entorno.

Les voy a contar algo que me dijo un amigo de aquella época, y que lo veo frecuentemente ahora, que el jefe de su sala (él era cirujano en esa época en el Rawson) había dado una orden de que el que firmaba la planilla después que él, ese día no operaba. Un día yendo a la sala, a la mañana, se encuentran en la pέργola del hospi-

tal, el jefe y él, y llegan a la sala, está la planilla, y el jefe le dice: "me presta su lapicera que yo me olvidé la mía", y éste le da la lapicera. El jefe firma, después le da la lapicera, el otro firma. El jefe le dice: "bueno, usted firmó después que yo, así que hoy no opera"; así eran.

A Julio lo veía por fuera de este entorno, no por falta de condiciones personales, que le sobraban, sino que nunca fue competitivo, nunca fue autoritario, ni tampoco irascible, realmente son características de su personalidad que nos hacen recordarlo en cada evocación, a todos los que estuvimos cerca de él. Yo era en esa época idóneo de laboratorio, tenía alrededor de 22 años y estudiante de medicina. Julio personalmente venía a patología a buscar resultados. Por su trato amable, me resultaba grato poder resolverle sus pedidos. Julio me adoptó, es decir, venía y me pedía los resultados a mí, siendo yo el nexo entre la patología y él, siendo realmente un idóneo. Después de recibido, pasé de adoptado a ser, pienso yo, y me doy la calidad de primer discípulo de Julio Uriburu, que me perdonen Bernardello y Mc Lean. Después, fue padrino de mi tesis, publicamos trabajos juntos, fui colaborador en su libro *La Mama*.

Me pidió que le hiciera las congelaciones intraoperatorias en su Servicio del Piñero. Yo me iba del Rawson al Piñero a hacerle las congelaciones a él. El jefe del Servicio del Piñero era médico de mi familia, así que a mí me trataba de chico también, con los mismos resultados siempre, yo tenía fiebre, gripe, angina, lo que sea, y era lo mismo, guardar cama, dieta líquida y una enema; así que me acuerdo muy bien de Radiche, con mucho cariño.

Hay un hecho que quiero resaltar, que publicamos juntos con Julio, "La displasia proliferativa juvenil"; es un hecho que realmente me enorgullece, porque describimos una patología que nunca había sido descrita en la literatura mundial. Eran chicas de 16, 17, 18 años, que venían ya con un diagnóstico hecho por un patólogo de carcinoma. Recuerdan ustedes esa

época lo que era la mastectomía, la de antes, con los pectorales, era realmente una operación muy desagradable y más en una chica de esa edad, que dejaba desconcertados a todos, a los médicos primero. Cirujanos que trataban el caso, se lo mandaban a Uriburu para operar, creo yo, para sacarse esa responsabilidad y tener una opinión autorizada de alguien que se atrevía a hacer esa operación en esa época y que también había que afrontar esas circunstancias. Muchos no se querían comprometer para hacer una cosa que era realmente, a mi modo de ver, aberrante en ese sentido, porque era una amputación realmente mutilante. Venían también con el preparado histológico; yo vi el primer caso y le dije a Julio que me parecía que no era cáncer. Gracias a esa relación que tuvimos siempre, desde tantos años, Julio me hizo caso y no la operó, ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera, ni a la cuarta; es decir, Julio siguiendo mi opinión no las operó y las seguía por todos los años en su consultorio. A través del tiempo nos dimos cuenta de que realmente la patología era benigna y no pasaba nada. Se perdió una sola chica de esas, que no se le pudo hacer el seguimiento, porque desgraciadamente había actuado en la guerrilla y había desaparecido, pero por otras causas, no por su lesión en la mama.

Eso yo lo atribuyo a que nos tuvimos una confianza plena, él como creyendo mis diagnósticos y yo en Julio que sabía que iba a tener una conducta de acuerdo a lo que yo le podía decir. De esta manera después le mandó los preparados a Rosen, que fue el que publicó (según Rosen) por primera vez esta lesión. Cuando le manda el trabajo nuestro y los preparados, Rosen le contesta a Uriburu diciendo que reconocía que los primeros habíamos sido nosotros los que describimos esta lesión. Perdónenme el recuerdo, pero realmente fue un hecho que a Julio y a mí nos impactó mucho, por haber tomado una decisión que en ese momento había sido muy difícil.

Entonces, leyendo *El Principito*, encontra-

mos que "lo esencial es invisible a los ojos", y como ya dijimos, lo esencial en Uriburu fue su bondad, y el cariño a los demás. En su autobiografía nos llama a Bernardello, Mc Lean y a mí, sus primeros discípulos, nos llama por nuestros sobrenombres: Dungo, Patucho y Toto. Siempre fuimos parte de su familia afectiva. Debo agregar algo esencial a lo anterior, que Julio fue un patriarca, ciertamente con amor irrestricto hacia todos los que él incorporaba a su gran familia. Como no lo podemos ver, yo me atrevo a asegurarles que hoy Julio está junto a Dios. Muchas gracias.

JUAN LUIS URIBURU

Palabras preliminares

Con la obligación y el placer de un bien nacido, de honrar a sus padres, vaya esta evocación dedicada:

A la memoria de mi padre, quien me enseñó todo lo que soy; lo médico y, especialmente, lo no médico.

A mi madre, quien nos ayudó, a él y a mí, a ser mejores personas.

A mi mujer y a mis hijos, para un mejor conocimiento de sus antepasados.

A mis hermanos; pues el honor me tocó a mí, pero este homenaje va en mi nombre y en el de todos ellos.

Honrar hoy la memoria de mi padre es uno de los más altos honores que me han tocado, si no el que más. Y me siento muy pequeño al evocar a una figura tan grande como la de Julio Vicente Uriburu (JVU). Y también por compartir la tribuna con tres ex presidentes de la Sociedad Argentina de Mastología, quienes por un lado son contemporáneos, con quienes trabajé durante muchos años, tanto en lo asistencial, como en distintas comisiones directivas de esta sociedad o de la Escuela Argentina de Mastología, y de quienes aprendí mucho, y hoy se los agra-

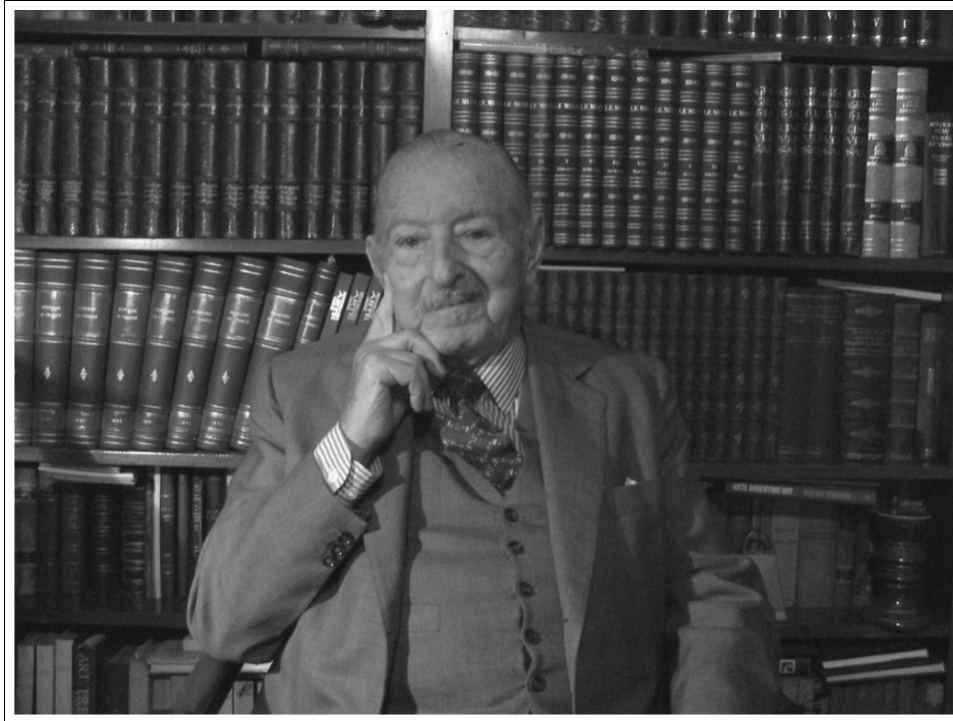


Foto10. Julio Vicente Uriburu en su biblioteca.

dezo públicamente a los tres; pero que también ellos son precursores de nuestra sociedad y de nuestra especialidad, como primeros seguidores del homenajeado de hoy.

Cuando me ofrecieron la oportunidad de participar de este homenaje, me gratificó mucho, y llegué a pensar que debía estar a un costado y agradecer al final por la evocación. Pero varias personas, entre ellas mi mujer, me aconsejaron que debía tomar parte activamente. Entonces comencé a pensar qué le hubiera gustado a mi padre, de esta reunión y de mi participación en ella. Y lo primero que me vino a la mente es que lo que más le hubiera gustado es poder reunirlos a todos ustedes; y, de ser posible, invitarlos a todos a comer a casa luego; y si no fuera posible, pues no importa, "hacemos dos reuniones" (como él solía decir), una hoy y otra mañana, para que puedan venir todos, como le gustaba planear en sus últimas fiestas de cumpleaños, cuando quería invitar a casa a toda su

familia, a todos sus amigos, a todos sus discípulos y a todos los académicos, los que obviamente no cabían todos juntos en el mismo momento y entonces comenzaban los malabares de la organización (mis hermanas y hermanos).

Lo otro que creo que le hubiera parecido correcto es no caer en exageraciones. Pero en este aspecto me puedo quedar tranquilo, puesto que todo lo que se haya dicho hoy, más lo que pueda decirse en el futuro, va a ser poco en comparación con su figura.

Hemos escuchado referencias a Julio Uriburu como médico, como maestro, como amigo. No voy a repetir sus antecedentes científicos y académicos; no voy a referirme a la gran escuela en la que se formó ni tampoco a la que él creó; tampoco a todo lo que escribió y nos dejó publicado, tanto lo médico como lo no médico. Lo que me gustaría aportar hoy es mi visión y mi recuerdo de él como ser humano, desde el punto de vista de un hijo suyo.

Julio V. Uriburu fue un ser humano sublime. Permítanme transcribirles la definición del diccionario de la Real Academia Española: "Excelso, eminente, de elevación extraordinaria. Se aplica a cosas morales o intelectuales. Se dice especialmente de las concepciones mentales y de las producciones literarias y artísticas o de lo que en ellas tiene por caracteres distintivos grandeza y sencillez admirables. Se aplica también a las personas (orador, escritor, pintor sublime)". Y con esto tendría que finalizar, pero, como temo quedarme corto, intentaré resaltar las características de su personalidad, que me hacen llegar a esta conclusión.

Julio V. Uriburu fue un maestro de verdad. Y tal vez no debería extenderme en este aspecto, pues ya fue bien mencionado por quienes me precedieron en el uso de la palabra. Fue un maestro que brindó a sus discípulos todos sus conocimientos y lo hizo con generosidad. Formó una escuela y, si hiciera falta medir al maestro por la calidad de sus discípulos, con sólo observar la presencia de muchos de ellos hoy aquí, serán innecesarias mis palabras. Pero también fue un maestro para su familia: sus hijos, hijos políticos y nietos, aquí presentes, y para otros familiares, tal vez no tan cercanos según las reglas de la genealogía, pero que lo tomaron como un patriarca, una persona de consulta y de consejo.

A lo largo de mi vida, en especial desde que él no está, en más de una oportunidad que requiriera una toma de decisión, hube de preguntarme qué hubiera hecho mi padre en esa situación o cómo debería actuar yo para honrar su memoria y sus enseñanzas. Tal es el ejemplo que ha dejado en mí y, estoy seguro, en cada uno de sus hijos y de sus nietos.

Julio V. Uriburu fue un patriota. Amó a su patria y aportó su esfuerzo para engrandecerla desde donde le tocara; fuese desde el hospital público (en el que fue Jefe de Servicio), de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (donde fue Profesor Titular), de la

Academia Nacional de Medicina (de la que fue Presidente y Presidente de Honor), o desde las sociedades médicas que le tocó presidir, como esta Sociedad Argentina de Mastología. O también, por qué no mencionarlo, como cuando hizo el servicio militar en forma voluntaria, ya recibido de médico.

Julio V. Uriburu fue un amante del arte. Gustaba profundamente de la pintura, la escultura, la música, la literatura, la fotografía. Además de enaltecer su propio arte en la cirugía, fue un gran escritor, con una delicada pluma, no sólo de medicina, sino también de historia y hoy nos quedan sus escritos en varios libros y en muchas conferencias publicadas, en especial, en la Academia Nacional de Medicina.

Mi padre tenía un fino sentido del humor. En las sobremesas de las comidas de los congresos de mastología no dejaba pasar oportunidad de contar sus finos chistes relacionados con la especialidad. Últimamente solía decir que, en la última edición de "La Mama" quería incluir un apéndice con chistes mastológicos. Probablemente su cuidado de las formas le obligó a privarse de ese deseo. O, tal vez, esa fue otra de sus bromas.

Julio V. Uriburu fue un respetuoso defensor de sus orígenes, de las tradiciones y en especial, del espíritu de familia. En los tiempos que corren, con la urgencia que nos impone la cultura de hoy, él se tomaba el tiempo para detenerse y saborear la compañía de sus seres queridos e infundirlo en sus descendientes.

Con mi madre, "Matesita", formaron una familia, con siete hijos, veintitrés nietos y este año se sumó el primer bisnieto. A todos nos inculcaron firmes valores que hoy transmitimos a nuestros hijos.

Tuvo sólo un hermano, Willy, y sus sobrinos fueron como otros hijos más. Tuvo muchos primos, algunos más cercanos y otros no tanto, genealógica y geográficamente hablando, pero con todos ellos los unía un fuerte sentimiento de fraternidad.



Foto11. Los cuatro oradores.

No dejaba pasar oportunidad de agradecer a sus maestros, a quienes siempre se dirigió y evocó con amor filial.

Fue una persona de fe, creyente y piadoso, lo cual hizo que transitara la última etapa de su vida con una admirable paz frente a los golpes a su salud y a la de su mujer.

Permítanme repetirme y repetirles parte de las palabras que le dedicara a mi padre en el día de su despedida en la Recoleta; algo que tal vez algunos de ustedes sepan y otros no. En aquellos últimos días, todos rezábamos, tal vez con un poco de egoísmo al principio, para que papá se conectara y volviera con nosotros. Pero estoy seguro que luego todos nosotros continuamos rezando para que estuviera realmente bien; de vuelta con nosotros, o donde está ahora. Él estaba dormido y no lograba conectarse, a pesar de los estímulos de mis hermanas, que, de una, o de a varias, lo amasaban, lo apretaban, le daban esos besos que ellas dan, que son ráfagas, uno tras otro. Y papá no lograba conectarse. Pero un día, estando yo a solas con él, vi que

en dos oportunidades, se hacía la señal de la cruz. Y luego, en compañía de mis hermanas, lo hizo tres veces más. Con esperanza pensamos que estaba empezando a conectarse y que volvería. En realidad no se conectaba con nosotros, porque estaba teniendo una conexión mucho más importante.

Días pasados, le pregunté a cada uno de mis hijos (tengo cuatro), cómo recordaban a su abuelo. Aproveché y ahora comparto con ustedes, la frescura y la sencillez de los niños para expresar sus sentimientos, que, muchas veces son más espontáneos, auténticos y conceptuales, que los de los propios adultos.

Agustina, la menor, me dijo que Tata (como lo llaman sus nietos) la trataba muy bien y que nunca se enojaba con nosotros. Y realmente el buen carácter y el temple fueron esenciales en mi padre durante toda su vida. No recuerdo haberle visto perder la compostura.

Clara recuerda que estaba siempre sonriente y que le gustaba mucho el mar y estar en familia. La familia, tema fundamental y recurrente en

los Uriburu; hasta en los más pequeños.

Ignacio y Pedro, cada uno por su parte, coincidieron en recordar que su abuelo de grande se sentía joven. ¡Qué definición! La jovialidad también es una característica remarcable y envidiable de mi padre. La suma de años no lo amedrentaba para dejar de hacer las cosas que más le gustaban: un buen baño de pileta o ir a la playa a sus 90 años; o sus clásicos festejos de cumpleaños, hasta el último, cuando se ocupaba personalmente de convocar a todos sus amigos para que no faltaran a la cita. Verdaderamente celebraba la vida y ésta es una gran enseñanza de su parte.

Si tuviera que elegir tres cualidades, entre tantas que caracterizaban a mi padre, distinguiría la generosidad, la bondad y la humildad. Cuántos jóvenes de hoy creen que para triunfar hay que actuar en forma egoísta, con soberbia e indiferencia con el prójimo; no importa los medios, lo importante es el objetivo. Probablemente se llegue a la meta a través de los dos caminos, e incluso tal vez el primero no sea el más corto; pero estoy seguro que es el que nos brindará serenidad, ante los demás, ante Dios y con nosotros mismos. Porque creo que el bien más

preciado que puede tener un ser humano es la paz interior. Ella no se compra ni se vende en ningún lado. Es un camino que está en cada uno intentar recorrer.

Para concluir, pienso que ya no quedan Maestros (así, con mayúscula) como él o como los de su generación; o quedan muy pocos. Los tiempos que vivimos son otros, con la filosofía de la inmediatez, del ya, del ahora, en la que están siendo educados nuestros jóvenes. Por tanto, creo que debemos buscar buenos ejemplos e intentar reflejarnos en ellos y dar gracias, sus discípulos y su familia; yo, doblemente, como hijo y discípulo; y también esta Sociedad Argentina de Mastología, por el privilegio de haberlo tenido y por permitimos honrar su memoria.

Señoras y señores, cuando hube de enfrentarme al desafío de evocar a mi padre, tuve temor de no estar a la altura de las circunstancias, pero a medida que lo fui recordando y escribiendo, debo confesar que me causó un inmenso placer y agradezco haber tenido la oportunidad de experimentarlo. Espero haber podido transmitirlo y que ustedes hayan sentido aunque sea una parte de ese placer que sentí yo al evocar a mi padre. Muchas gracias.